

# Capítulo 7 - El hacha - El último Orellen

El Hacha

Iven Orellen fue ascendido de repente desde el tercer círculo familiar hasta el primero en una sola noche.

Su educación estuvo bajo la supervisión directa del consejo. Su lamentable pasado en magia de encantamiento se convirtió en su historia de fachada, y para su horror eterno, su antiguo maestro fue ordenado a difundir rumores de que poseía talento en ese campo.

De repente, la magia de la suerte se convirtió en una cualidad deseable en la descendencia. A Iven se le animó a casarse cuanto antes—preferiblemente con alguien de la familia, y definitivamente no con quien tuviera una inclinación excesivamente dominante hacia la magia espacial, famosa en su linaje.

Esto representaba un problema. Iven solo había considerado el romance como un concepto abstracto, inalcanzable. Nunca pensó en cortejar a alguien en serio, porque sabía que sería rechazado de inmediato. Después de todo, durante toda su adolescencia, había estado en un lugar entre paria y broma de mal gusto.

Había supuesto que algún día, después de haber logrado algo más serio, tendría una amiga y vería si eso se transformaba en algo más profundo.

Pero con todo un consejo de ancianos hechiceros respirándole en el cuello y ofreciéndole consejos inquietantes, no podía ignorar el asunto. Temía que si no hacía algo por su cuenta en el momento oportuno, algún entrometido lo arrastrara frente a un altar, le presentara a un desconocido y le ordenara comenzar a hacer niños juntos.

Así que, cuando apenas tenía dieciocho años, se encontró de pie frente a la casa de una joven con quien había hablado unas pocas veces en la biblioteca. Llevaba una cesta con panes trenzados, higos secos y un cuenco de mantequilla que había producido esa misma mañana. Se sentía como un completo tonto.

Atra abrió la puerta al toque, observó los regalos tradicionales de cortejo y dijo: "Ahora mismo no hay nadie más en casa. Los demás están en el trabajo."

"Lo sé." Iven pudo sentir cómo su cuerpo se calentaba por completo. Se preguntó si alguna vez alguien había muerto de rubor. "Estas son para ti."

Atra compartía una vivienda con otras tres mujeres que habían sido forasteras antes de ser aceptadas en la familia Orellen. Coordinar esta visita de modo que ella fuera la única en casa requirió mucha espionaje indebido por parte de Iven.

Sostuvo su cesta, esperando que ella no se sintiera demasiado desconcertada por el hecho de que sudaba visiblemente. "Normalmente solo hay pan y mantequilla, pero tú eres originaria de Untar. Así que añadí los higos. Escuché que esa es la tradición allí. Espero haberlo hecho bien."

Ella no tomó la cesta.

"Estoy... sumamente halagada, Iven. Pero soy demasiado mayor para ti."

"¿No tienes veintidós años?"

"Eso es demasiado para ti."

Iven aún no se dejaba disuadir. No tenía un prometido de respaldo en mente, y lo más humillante que llevar una cesta de cortejo por todo el Enclave mientras la gente te miraba, era tener que regresar con ella por donde había venido.

"Yo... comprendo que no nos conocemos mucho. Pero si nos sacamos de quicio, podemos dejarlo antes de que pase muy lejos. Y tengo buenas cualidades. Disfruto leer. Sé que tú también. Y estoy muy en contra de la infidelidad, así que nunca te avergonzarás de mí en ese aspecto. Además, creo que la familia se asegurará de que tenga una buena vida. Al menos, tendré una casa con fondos adecuados. Ahora he alcanzado el primer círculo."

"Lo escuché," dijo Atra, sin parecer impresionada en absoluto. "Aparentemente, eres muy bueno en hechizos de encantamiento."

Aunque parecía difícil de creer, el rubor en las mejillas de Iven se profundizó. Por supuesto, ella no habría creído esa historia inventada. ¡Lo había visto estudiar solo textos de magia de la suerte cada vez que se encontraban!

"Además, me gustas," dijo Iven. "No porque seas bonita. ¡Aunque lo eres! No digo que seas poco atractiva. Quiero decir—"

"¿Entonces, qué crees que te gusta de mí?" Atra cruzó los brazos sobre su pecho. Su rostro permanecía imperturbable.

Iven era consciente de que su respuesta sería ridícula. Pero también sabía que no era lo suficientemente astuto para disimular la verdad tras una respuesta no ridícula.

"Yo... La tía Teth se quejó un día del dolor en la espalda mientras estábamos en la biblioteca estudiando, y al día siguiente tú le llevaste un cojín para sentarse."

Sabía que no era suficiente. Era una excusa demasiado insignificante para proponerle matrimonio a alguien. Pero, aunque Iven había hecho muchas cosas por las que probablemente debería

sentirse culpable en su joven vida, nunca había sentido un dolor tan punzante de vergüenza como cuando vio a Atra colocar el cojín en la silla de la anciana bibliotecaria.

¿Cuánto apoyo y ayuda había brindado la vieja Teth a Iven a lo largo de los años? Ella era la única que había considerado seriamente la idea de ayudarlo a estudiar magia de la suerte. ¿Y cuántas veces la había escuchado quejarse de su espalda al final de un largo día de trabajo? Siempre había estado tan concentrado en sí mismo y en sus necesidades. Ni siquiera se había ofrecido a colaborar en la colocación de estantes.

"Si hubiera pensado en ello, le habría llevado un cojín. Pero nunca lo pensé. Supongo que me gustas porque espero ser más como tú. Quiero ser alguien que preste más atención a lo que lo rodea en el futuro."

Atra observaba pensativa en la distancia, mientras Iven comenzaba a incomodarse. "Supongo que deberías traer la cesta adentro," finalmente dijo. "Tu mantequilla se va a derretir aquí en el sol."

Atra había sido criada como maga de la sangre por un pequeño clan del sur antes de huir para unirse a la familia Orellen y dedicarse a la hechicería en general. Esto no tenía mucho peso en la consideración de Iven sobre ella, pero el consejo estaba contento. Aparentemente, la afinidad por la magia de la sangre debía fomentarse deliberadamente en los hijos, aumentando así las probabilidades de que produjeran un heredero con el talento de Iven.

Se casaron más rápido de lo que ninguno de los dos deseaba, pero con el tiempo, su unión se fortaleció. La dedicación mutua se convirtió en un amor muy cómodo y seguro. Cuando alcanzaron los títulos de Señor y Señora Orellen, ya tenían dos hijos. Ambos mostraban talento razonable para la magia espacial.

Doce años después, ya eran siete.

Su más joven, Rella, fue la única que heredó la magia de la suerte de Iven. Tenía tres años el día en que se entregó la profecía de Hamila, y ya estaba bajo el cuidado del mejor tutor de Novicios del Enclave.

Por alguna razón, en las horas más tempranas de la mañana, después de que Atra finalmente hubiera tomado una poción para dormir y se hubiera quedado dormida, fue Rella en quien Iven pensó.

Quizá era porque ella era la niña que más veía en estos días. Él y Atra habían insistido en que estuviera con ellos al menos cada dos semanas, mientras todavía era tan joven. Y casi siempre Iven conseguía lo que quería. Era, a pesar de sus protestas, algo así como una gallina de huevos de oro para la familia.

Él esquivaba todo lo que el Consejo le mandaba hacer, siempre que se lo pedían. Y cumplía su papel como Lord Orellen de manera espléndida. Como consecuencia, había recibido un poder enorme, lo cual hacía que sus predicciones fueran aún más precisas. Era mucho más fácil ver la

bifurcación correcta del camino cuando él era quien guiaba la carreta.

De repente, deseó poder ver el camino que le quedaba por recorrer a la pequeña Rella. Quiso poder verlo con tanta intensidad como nunca había querido nada en su vida.

Había espiado a sus propios hijos antes—una o dos veces cada uno, con la esperanza de encaminarlos por el mejor sendero. Nunca hubo motivo serio de preocupación. Pero ahora...

Con cuidado de no despertar a Atra, dejó su cama y se acercó a la pequeña cuna donde su hija solía dormir, situada debajo de la ventana. Una hebra de su cabello fino y suave descansaba sobre la almohada.

Eso sería suficiente.

Unos minutos después, Iven se encontraba en el ático de la casa. Cada vez que se mudaban allí, convertían ese espacio en un lugar de ritual adecuado para su uso. Antes de partir, toda evidencia sería borrada.

Solo los Orellen del primer círculo tenían conocimiento de la verdadera habilidad de Iven. Debía tener cuidado en no dejar rastros de su magia por ahí. Seguramente, las otras familias empezaban a sospechar que hacían algo diferente a lo que acostumbraban. Después de todo, habían estado creciendo en poder, influencia y riqueza a una velocidad asombrosa en los últimos diez años. Pero todavía debía pasar un tiempo antes de que alguien pensara que tras su buena suerte había una magia distinta.

Buena suerte, pensó Iven, con amargo tono. Quizá un hombre no está destinado a jugar con la suerte, después de todo.

Pero, ¿de qué servía pensar así ahora? La mente de Iven seguía dispersa tras escuchar la profecía. Un nudo de algo parecido al pánico empezaba a quemar en su pecho. Pero las palabras de Hamila eran como un hachazo de un verdugo que ya comenzaba a caer.

Nadie podía detener ese hacha. La iba a azotar.

Iven debía asegurarse de, cuando esa hacha cayera, haber cortado tantas cabezas Orellen como le fuera posible.

Colocó cuidadosamente el cabello de su hija menor en el centro del diagrama y empezó a espiar.

La carta de Kler llegó a la oficina de correos del Enclave a las cuatro de la mañana.

El Lord Orellen exigió que su hija de tres años fuera despertada de su cama y enviada de inmediato a su presencia.

Era una petición extraña, pero no tan inusual como para no poder ser atendida, considerando quién la enviaba. Uno de los magos de guardia fue enviado a buscar a Rella. La niña llegó poco después, cargada en los brazos de su confundida niñera.

“¿Pasa algo?” preguntó la mujer, mientras la niña con bata de noche se frotaba los ojos somnolienta y bostezaba. “Se supone que debe estar conmigo esta semana.”

Los hombres y mujeres encargados del portal central del Enclave fruncieron el ceño. Los asuntos del Lord Orellen no les concernían. Él había pedido a su hija. Y a la tarde, la tendría.

Siempre había un equipo de diez personas de guardia, incluso a esa hora, y aunque Rella era joven, conocía bien el método de viaje. Se sentó obediente en el lugar designado, mientras los magos del portal terminaban su trabajo. Luego, desapareció en un destello de luz, y eso fue todo.

Una hora y media más tarde, sin embargo, llegó otra carta de Kler. El Señor Orellen solicitaba a todos sus hijos. A todos, de una sola vez.

La mujer que había abierto el pergamino frunció el ceño. Realmente no era típico de él hacer peticiones tan urgentes a los equipos del portal sin necesidad. “¿Estamos seguros de que esto proviene del Señor Orellen y de la oficina de Kler?” preguntó. “¿No existe la posibilidad de que alguna parte externa esté influyendo de alguna manera en nuestra cadena de comunicación?”

Esta pregunta resultaba bastante inquietante, tanto que un alto mago, con mayor autoridad, fue sacado de su descanso para verificar el sello encantado en la carta y la santidad de la formación del portal. “Todo está en orden,” dijo irritado. “Envíenle a sus hijos y un mensaje solicitándole que nos explique qué demonios piensa, usándonos así a esta hora. Agotará la oficina de Kler. Ni siquiera es un equipo completo.”

Hizo una pausa. Luego murmuró algo acerca de las ocas doradas. “En segunda instancia, que sea un mensaje cortés. Pregúntele si necesita unos pocos magos de apoyo adicionales para la oficina de Kler. Eso debería ser suficiente como pista.”

En la media hora siguiente, los demás hijos se reunieron. El mayor tenía quince años, el menor, cinco. Todos charlaban entre sí, más emocionados que nerviosos por haber sido llamados a reunirse con sus padres de improviso. Pensaban que probablemente sería una sorpresa diseñada especialmente para ellos.

Se confió el mensaje cortés al hijo mayor antes de enviarlos a todos.

La mañana transcurrió sin incidentes.

Al cambiar de turno, el equipo de portales entrante rió y negaba con la cabeza cuando los magos salientes relataban la extraña doble petición del Señor Orellen. “¿Qué estaba pensando?” dijo un hombre con una sonrisa. “¿No olvidó acaso, la primera vez, escribir los nombres de sus otros seis hijos?”

A las ocho de la noche, un portal del Kler volvió a abrirse, esta vez lo suficientemente grande para que un hombre pudiera atravesarlo. Apareció Lan, el hermano del Señor Orellen, con la expresión que podría marchitar el piedra.

“Consígueme cinco magos completos para un breve servicio con nuestro equipo,” dijo sin preámbulo. “Los llevaré de vuelta conmigo mañana. Diles que no estarán fuera de casa más de unas semanas.”

Luego se marchó, dirigiéndose hacia el Salón de los Ancianos.

Todos los magos del portal se miraron entre sí, inquietud instalándose. ¿Qué estaba sucediendo con el Señor Orellen?

Unos días después, los sanadores del Enclave comenzaron a tocar las puertas por toda la ciudad. “Perdón por las molestias,” decían, “pero uno de nuestros sanadores sénior está llevando a cabo un tipo de investigación nuevo sobre el último brote de la Peste del Desgarro. Estamos recopilando muestras de cabello de tantas personas como podamos para ayudar en su estudio.”

“¿Qué? ¿Por qué?” era una respuesta frecuente.

“Quizá no lo sepan,” decían los sanadores con brillo en la voz, “pero alguien que practica las artes de la sanación a nivel de hechicero puede aprender muchísimo con solo un pelo.”

Pues, ¿por qué no? Si uno de los magos más apreciados de la familia quería tu cabello, se lo entregabas sin dudar. Y agradecías que no te pidieran algo más valioso.

Cada hebra era cuidadosamente catalogada en un sobre propio, con una cantidad sorprendentemente detallada sobre su dueño escrita en el exterior. Los sanadores entregaron miles de ellas a la autoridad que las había enviado inicialmente tras ellas. Le deseaban mucho éxito en su investigación, la mayoría esperando ser seleccionados para ayudar.

La mujer alta y de cabello gris, cuyo nombre era Yora, les prometió que les revelaría sus resultados cuando estuviera lista. “Es un proceso largo y delicado,” explicó. “Debéis tener paciencia.”

En la intimidad de sus aposentos, colocó cuidadosamente los sobres dentro de su mayor arca médica. Sobre ellos, ubicó frascos encantados llenos de las más puras pociones de sueño y elixires de concentración mental que la familia Orellen podía producir. Encima, añadió una colección de pergaminos y libros cubiertos con magia de conservación, que emitían un suave resplandor que apenas se percibía a simple vista.

Sus manos temblaban ligeramente al cerrar con firmeza la cerradura del arca.

“Cálmate,” susurró Yora para sí misma. “Tu papel en esto no es el más difícil.”

Pero tampoco era el más sencillo.

Cuando la convocaron a la sala del consejo y le preguntaron si podía retrasar un embarazo, respondió con confianza que sí. “Por unas semanas, incluso,” afirmó. “Si mi magia se sincroniza bien con la de la madre.”

¿Y si quisiéramos que retrasaras uno por años?

“No lo entiendo. Eso sería irresponsable, incluso para la mejor sanadora.”

¿Y si fuera necesario que lo hicieras?

“No puedo imaginar una situación en la que algo así fuera indispensable.”

¿Y si existiera esa situación?

De hecho. ¿Y si hubiera una así?

Yora sería la primera sanadora en poner las manos sobre Atra. La señora Orellen acababa de descubrir que estaba embarazada unos días antes de que el desastre cayera sobre ellos. Pero todos los involucrados ya sabían qué encontraría Yora.

¡Gemelos! Sin duda alguna.

Lógica simple.

El lord Orellen tenía siete hijos en la actualidad. La profecía decía que tendría nueve. Hamila jamás se equivocaba. Pero Iven y Atra eran jóvenes sensatos que no producirían un noveno hijo si ello significaba la destrucción de toda su familia. Por lo tanto... era muy probable que ya lo hubieran hecho.

¿Puedes retrasar el embarazo? ¿Retrasarlo por años? ¿Hacerlo incluso si ello duele a la madre? ¿Hacerlo cuando la falla tiene un costo tan alto?

Yora no lo sabía. Pero intentaría.

“Una cosa más,” había dicho Dowither antes de que saliera de la sala del consejo. La fatiga parecía haber borrado toda la irritabilidad habitual del hombre y reemplazarla por una especie de practicidad pesimista. “Necesitarás idear una excusa para obtener cabellos, recortes de uñas o algo similar de todos los miembros de la familia. Iven los necesita para su clarividencia.”

“Bueno, eso al menos es sencillo,” respondió ella. “Pero, ¿realmente piensa usar esa información para clarividentes de toda la familia?”

“Sí,” afirmó el hombre con sencillez. “Comenzará de inmediato, aunque todavía intenta resolver asuntos pendientes en Kler.”

“¿No sería mejor traerlos de regreso aquí lo antes posible?”

Dowither negó con la cabeza. “Estamos aumentando su personal en su lugar. No podemos simplemente sacarlo y mantenerlo en la clandestinidad. Parecería sospechoso para las otras familias. Intentaremos mantener la apariencia de operaciones normales el mayor tiempo posible... para que, cuando llegue el momento de actuar, no nos examinen demasiado de cerca.”

Ella asintió. “Entiendo. Pero, en realidad, ¿qué movimiento podemos hacer?”

Dowither bajó la mirada a sus propias manos entrelazadas.

“Esperamos que Iven lo encuentre,” afirmó uno de los otros miembros del consejo con gravedad. “No podría estar más motivado, dadas las circunstancias. Si le damos suficiente tiempo, lo hallará, como siempre lo hace.”

“¿Lo hallará?”

“La suerte. Si inviertes suficiente dinero, tiempo y confianza en ese hombre, eventualmente la encontrará. Puede que los dioses no nos hayan dejado ninguna, pero si han dejado siquiera una migaja de ella, él nos llevará a ella.”

“Quizá sea lo mejor que podemos esperar,” suspiró Dowither. “Aunque todavía buscamos algo más seguro. En fin, manténlo en pie, Yora. Haz lo que sea necesario. Su hermano dice que no ha dormido en días.”

---

Revision #1

Created 24 April 2026 04:39:35 by Alice Johnson

Updated 24 April 2026 04:39:38 by Alice Johnson